

MARÍA CASTAÑAS

María Castañas tenía diez hijos
-también una tía-
un perro, un gato
y un queso reseco en un garabato
que todas las noches
el ratón mordía y... lamía el gato.

Una mañanita de azul primavera
a Doña María le dolía una muela.
Salieron el perro, el gato, la tía
y le preguntaron que por qué gemía.

María, decía:
"Me duele una muela
la muela de arriba
la del lado izquierdo
la de la comía"

Y todos los hijos, al oír el cuento
fueron de inmediato a casa del dentista
mientras María lloraba y gemía.
Gimoteaba tanto María Castañas
que toda la gente vino enseguida:
los hijos, el perro, el gato, la tía
y su vecindario, de frente y en fila,
entraban de la calle a la cocina

¡Pobre María...!
tenía tanto miedo cuando vio al dentista
que del puro susto no pudo decir
cuál era la muela por la que sufría.
Entonces, sus hijos le abrieron la boca
y dentro le vieron una muela rota...

El señor dentista le sacó la muela
y siguió llorando la Doña María
ya que esa no era la que le dolía.

La pobre viejita, apenas decía:
"La muela de arriba es la que me duele,
la del lado izquierdo, la de la comía"

Como hay varias muelas
en el lado izquierdo...
las sacaron todas
pues nadie sabía cual de ellas dolía.

¡María Castañas se quedó sin muelas!

Ahora no come:
ni carne, ni pollos,
ni arepas, ni bollos,
ni el queso reseco
de aquel garabato
que el ratón mordía
y... lamía el gato.

La pobre abuelita come ahora bizcochos
mojados en leche... con pan y cuajada,
pues quedó sin muelas en el lado izquierdo
y como en el derecho no tenía nada...

María Castañas hoy vive feliz
vendiendo pasteles
y untando los panes en leches y mieles.

LA VIEJECITA TITIRITAÑA

Una viejita titiritaña
vivía en su casa de la montaña
con cinco nietos que la mimaban
y un gato blanco que ronroneaba.

Sus tres bisnietos bien la querían
le daban besos, la consentían
y por las noches, mientras dormía
todos sus postres los engullían.

Titiritaña,
patas de araña,
salta la cuerda con una caña.

Infla los globos de los festines
parada -siempre- en sus dos patines.
Es tan alegre la viejaraña
que no se enfada cuando una extraña
a ella le dice:

"¡Hola!, viejita titiritaña
¿por qué hace tiempo que no se baña?"

Y la buenaña
que hace cien años que no se baña
responde ufana y con mucha gana:

Ya por mi ducha no sale agua
la espuma de algas está muy cara
y, pa' el enjuague no queda nada.

Así, sus nietos y sus bisnietos,
entre perfumes de feos ungüentos,
comen sus tartas y chocolates...
Pues los aromas de mal aliento
a otros lugares los lleva el viento

"PESCADITO", APRENDIZ DE VALIENTE

En lo más profundo del mar vive una familia de besugos formada por Papá Besugo, Mamá Besugo, Benjamín y Pescadito; Benjamín es aún un bebé y apenas si sabe nadar, pero Pescadito ha cumplido ya cuatro años y empezará pronto a ir a la escuela.

- Pescadito - decía mamá besugo - la semana que viene empezarás a ir a la escuela como los demás pececitos de tu edad.

- ¡Pero si yo no necesito ir a la escuela mamá!, aprendo mucho más cuando me voy a nadar con el abuelo.

- Ya sé que aprendes muchas cosas con el abuelo, pero en la clase te enseñarán muchas más y así podrás pronto ser un pez mayor.

Pescadito no parecía estar muy convencido, pero si su mamá se lo había dicho tendría que obedecer.

El lunes siguiente, Mamá Besugo despertó a Pescadito mucho más temprano que otros días.

- ¿Por qué me despiertas tan pronto? aún no ha salido el sol.

- Ya lo sé, pero hoy es tu primer día de escuela y tienes que ir bien arreglado para que la maestra no piense que eres un pecesito descuidado. Después de vestirse, peinarse y tomar un sabroso desayuno, Pescadito se fue a la escuela.

- ¡Buenos días pequeño! - saludó la maestra - siéntate ahí junto a la Pequeña Ostra. La clase había comenzado, Pescadito no prestaba demasiada atención y se dedicaba a hablar con su nueva amiga.

- Yo no necesito estudiar, ya sé todo lo que hay que saber sobre el mar, mi abuelo me lo ha enseñado.

- Entonces... ¿ qué haces aquí ? - preguntó la pequeña Ostra.

- Es que mi mamá me lo ha mandado, pero..... creo que la voy a engañar y mañana en lugar de venir a la escuela iré en busca de aventuras.

- No debes hacer eso, te podrías perder.

- Yo no me pierdo, soy muy listo - dijo Pescadito.

- Y cuando la maestra pase lista y pregunte por ti, ¿qué le voy a decir?

- Tu le dices que no sabes nada.

Tal y como había dicho Pescadito, a la mañana siguiente cuando se despidió de su mamá se fue por el camino contrario al de la escuela en busca de aventuras.

Después de nadar un buen rato, el pequeño se sintió cansado y decidió hacer un alto en el camino.

- Descansaré aquí sobre esta Estrella de Mar que está dormida, espero que no le importe.

Pero la Estrella se despertó.....

- ¿Qué haces aquí, acaso has pensado que soy una cama?

- Lo siento mucho señora Estrella pero pensé que como estaba dormida no le importaría.

- ¡Pues claro que me importa! ¡vamos, vete de aquí ahora mismo!

La primera parada de Pescadito no había sido muy afortunada, así que decidió intentar descansar en otro lugar.

- Espero encontrar un sitio cómodo donde descansar, tal vez encuentre un Caballito de Mar que me deje sentarme en su lomo....

Pero como el pobre pecesito no encontró ningún Caballito de Mar ni ningún otro sitio apropiado para descansar decidió volver a casa.

La vuelta se le estaba haciendo demasiado larga, no recordaba haber nadado tanto, ¿se habría equivocado de camino?

- Me parece que me he perdido - se lamentaba Pescadito - eso me pasa por escaparme y desobedecer a mamá, ¿qué voy a hacer ahora?

Nuestro pequeño amiguito estaba muy asustado, no sabía volver a casa y por allí no había nadie a quien pedir ayuda. Por fin llegó al final del camino y se encontró con la entrada de una cueva.

- ¿Qué habrá en esta cueva?; tal vez sea un túnel.

Pero Pescadito estaba equivocado, no se trataba de un túnel, sino de una verdadera cueva donde habitaban los peores peces del fondo del mar.

- Esto está muy oscuro, pero no importa, no tendré miedo, seguiré nadando hasta llegar al final y encontrar la salida.

- No encontrarás la salida - dijo un enorme pez negro que pasaba por allí - nunca mas podrás salir de aquí.

- ¿Quién eres? - preguntó Pescadito un tanto asustado.

- Soy un Bonito Negro, y llevo aquí ya muchos años, un día entré aquí igual que tú, y todavía no he conseguido encontrar la salida.

- Pero podemos dar la vuelta y salir por donde entramos.

- No podrás, la corriente no te deja nadar hasta la salida, una vez que has entrado ya no puedes volver atrás.

- Pero si sigues nadando llegarás a alguna parte.....

- Claro que sí, pero no debes llegar nunca, te encontrarías con el palacio del Gran Tiburón.

- ¿El Gran Tiburón?

- Sí, vive ahí desde hace mucho tiempo y no permite que se acerque nadie, además a lo largo del camino hay guardianes malvados que intentarán capturarte.

- No me importa - contestó Pescadito - mi abuelo dice que soy muy valiente, y por eso no tendré miedo del Tiburón.

- Como quieras - contestó el Bonito - pero ve con mucho cuidado.

- No te preocupes Bonito, no me pasará nada, y no te marches muy lejos porque cuando encuentre la salida volveré a buscarte.

Pescadito emprendió el camino en busca de la salida convencido de que sería como jugar al escondite, pero según iba nadando, la cueva se iba haciendo más estrecha y oscura.

El pequeño empezó a sentir miedo, y decidió coger un trocito de roca de coral por si acaso necesitaba defenderse. Pasado un buen rato, Pescadito detuvo la marcha.

- ¡Uf....., estoy muy cansado!, este camino es muy largo; espero llegar a casa antes de cenar para que mamá no se entere de que no he ido a la escuela.

Tan cansado estaba Pescadito que se quedó dormido, pero no le duró mucho el sueño porque fue despertado por unos ruidos muy extraños.

- ¿Será el Gran Tiburón quien hace esos ruidos...?. Me esconderé por si acaso.

Pero antes de que le diera tiempo a esconderse, fue atacado por un enorme Pulpo.

- ¡ Suéltame..! - gritaba Pescadito - déjame seguir mi camino.

El Pulpo no hacía caso de los ruegos de Pescadito; era uno de los guardianes del Gran Tiburón y quería impedir que el pececillo siguiera adelante.

Los tentáculos del Pulpo empezaban a ahogar a Pescadito, tenía que intentar hacer algo para salvarse, ¿pero qué...?. Fue entonces cuando se acordó de la piedra de coral que había cogido. La sacó de su cartera y se la metió al Pulpo en la boca. Éste, como si se hubiera tragado una aceituna, empezó a toser y al quedarse sin fuerzas soltó a Pescadito, que salió nadando a toda velocidad para esconderse entre unos matorrales de algas.

- ¡Qué susto, casi me ahoga!, menos mal que he conseguido escapar, pero de momento voy a quedarme aquí escondido hasta que se marche el Pulpo.

Pasado un ratito, el pececillo decidió salir de su escondite y continuar la marcha.

- Estoy teniendo mucha suerte, espero no volverme a encontrar con ningún guardián más.

Pero lo que no sabía nuestro amigo es que se estaba acercando al final del camino.

- Allí se ve luz, seguramente es la salida, pero de todas formas andaré con cuidado por si se trata de una trampa.

Poco a poco Pescadito se fue acercando a la luz, y se encontró con un gran trono de cristal en una inmensa sala rodeada de bellos tesoros, pero solo uno de ellos le llamó la atención. ¡Era la llave del túnel!

- Por fin encontré la salida - exclamó el joven besuguito - ya puedo salir de este horrible lugar.

Sin pensárselo dos veces Pescadito cogió la llave y empezó a nadar hacia la salida, pero cuando casi había llegado, apareció el Gran Tiburón.

- ¡Nunca podrás salir de aquí! - dijo el Tiburón.

- ¡Claro que sí! ¡Si he conseguido llegar hasta aquí, lograré salir!

- ¡Nadie ha podido hacerlo hasta ahora!

Pescadito estaba muy asustado, ya no se sentía tan valiente como otras veces. No sabía qué hacer, tan sólo podía intentar escapar, pero cuando lo hizo, el Gran Tiburón le atacó ferozmente hiriéndole en una de sus aletas.

Afortunadamente su amigo, el Bonito Negro, le había seguido, y al ver que el Tiburón le atacaba, se puso a luchar con él hasta que consiguió, dándole un fuerte golpe, enviarle contra unos corales en los que quedó atrapado.

- ¡Bonito negro...! - decía entre lágrimas Pescadito - me has salvado la vida, muchas gracias.

- Debí enfrentarme con él hace tiempo, pero nunca tuve valor, ahora podremos salir todos de aquí y volver a ser libres.

- Eres muy valiente Bonito, me gustaría ser como tú cuando sea mayor.

- ¡Pero si tu dices que ya eres mayor!

- Si, pero estaba equivocado; mi mamá tenía razón, debo ir a la escuela como los demás pececitos para aprender muchas cosas que todavía no sé.

Por fin Pescadito se convenció de que debía obedecer a su mamá, y como había decidido ser bueno, le contó a su madre todo lo que le había pasado cuando llegó a casa a la hora de cenar.



Comienza así nuestra historia:

Un camaleón orgulloso, que se burlaba de los demás por no cambiar de color como él. Pasaba el día diciendo: ¡Que bello soy!

¡No hay ningún animal que vista tan señorial!

Todos admiraban sus colores, pero no su mal humor y su vanidad.

Un día, paseaba por el campo, cuando de repente, comenzó a llover.

La lluvia, dio paso al sol y éste a su vez al arco iris.

El camaleón alzó la vista y se quedó sorprendido al verlo, pero envidioso dijo: ¡No es tan bello como yo!

¿No sabes admirar la belleza del arco iris?: Dijo un pequeño pajarillo que estaba en la rama de un árbol cercano.

Si no sabes valorarlo, continuó, es difícil que conozcas las verdades que te enseña la naturaleza.

¡Si quieres, yo puedo ayudarte a conocer algunas!

¡Está bien!: dijo el camaleón.

Los colores del arco iris te enseñan a vivir, te muestran los sentimientos.

El camaleón le contestó: ¡Mis colores sirven para camuflarme del peligro, no necesito sentimientos para sobrevivir!

El pajarillo le dijo: ¡Si no tratas de descubrirlos, nunca sabrás lo que puedes sentir a través de ellos!

Además puedes compartirlos con los demás como hace el arco iris con su belleza.

El pajarillo y el camaleón se tumbaron en el prado.

Los colores del arco iris se posaron sobre los dos, haciéndoles cosquillas en sus cuerpecitos.

El primero en acercarse fue el color rojo, subió por sus pies y de repente estaban rodeados de manzanos, de rosas rojas y anocheceres.

El color rojo desapareció y en su lugar llegó el amarillo revoloteando por encima de sus cabezas.

Estaban sonrientes, alegres, bailaban y olían el aroma de los claveles y las orquídeas.

El amarillo dio paso al verde que se metió dentro de sus pensamientos.

El camaleón empezó a pensar en su futuro, sus ilusiones, sus sueños y recordaba los amigos perdidos.

Al verde siguió el azul oscuro, el camaleón sintió dentro la profundidad del mar, peces, delfines y corales le rodeaban.

Daban vueltas y vueltas y los pececillos jugaban con ellos.

Salieron a la superficie y contemplaron las estrellas. Había un baile en el cielo y las estrellas se habían puesto sus mejores galas.

El camaleón estaba entusiasmado.

La fiesta terminó y apareció el color azul claro. Comenzaron a sentir una agradable sensación de paz y bienestar.

Flotaban entre nubes y miraban el cielo.

Una nube dejó caer sus gotas de lluvia y se mojaron, pero estaban contentos de sentir el frescor del agua.

Se miraron a los ojos y sonrieron.

El color naranja se había colocado justo delante de ellos.

Por primera vez, el camaleón sentía que compartía algo y comprendió la amistad que le ofrecía el pajarillo.

Todo se iluminó de color naranja.

Aparecieron árboles frutales y una gran alfombra de flores.

Cuando estaban más relajados, apareció el color añil, y de los ojos del camaleón cayeron unas lagrimitas. Estaba arrepentido de haber sido tan orgulloso y de no valorar aquello que era realmente hermoso.

Pidió perdón al pajarillo y a los demás animales y desde aquel día se volvió más humil

EL ESCARABAJO TROMPETISTA

Verdi, el pequeño escarabajo, vivía cerca del huerto de Doña gallina.

Siempre estaba solo. Paseaba por el huerto vestido con un chaleco gris y un sombrero negro.

Su casita estaba hecha de cáscara de nuez y al lado de un fuerte abeto que le protegía del viento y la lluvia.

Al salir los primeros rayos del sol, abría la ventana y ensayaba con su trompeta.

¡Si, era trompetista! ¡Tararí, tarará, tararí!

Todas las mañanas, entonaba su canción.

Él, quería mucho a su trompeta dorada, ¡Se la había regalado un viejo búho que vivía en el bosque!

Llevaba años practicando y realmente era maravilloso oírle tocar.

Sus amigos soportaban sus ensayos con mucha paciencia.

Poco a poco la trompeta parecía estar viva, pues sus notas sonaban cada vez mejor.

¡Bailaban en el aire! ¡Que ritmo!

Las notas subían hasta las nubes y jugaban con ellas.

Sus amigos: la gallina, el saltamontes y el viejo búho, le animaban para que se presentara a un concurso de trompeta que había en el bosque.

Su música llegó a conocerse en otros bosques cercanos.

Todos los animalitos venían a oírle tocar.

Llegó el día del concurso, todos sus amigos se pusieron sus mejores ropas. ¡Que guapos estaban!

Algunos animales eran un poco envidiosos y desconfiados. No creían que Verdi fuera tan buen músico.

¿Cómo va a ser buen músico un escarabajo? –Decían.

¡Es un poco feo y no vive en una casa elegante! –Comentaban otros.

Pero cambiaron de opinión enseguida al oírle tocar.

Eran tan hermosas sus melodías que todo el mundo escuchaba con atención.

El concurso fue un gran éxito y todos aplaudieron entusiasmados.

Verdi, se hizo muy famoso, pero siguió viviendo en su casita de cáscara de nuez y divirtiéndose con sus amigos.

EL BÚHO GAFITAS

Asomaba la cabecita, desde su casita en el tronco del árbol, un búho con una carita muy divertida.

Trabajaba durante la noche dando las horas como si fuera un reloj para que los animalitos del bosque supieran que hora era en cada momento.

Su gran ilusión era salir de su casa durante el día, pero sus ojitos no veían bien y tenía que conformarse con salir de noche y abrir sus grandes ojazos que brillaban en la oscuridad.

Siempre me dicen que soy afortunado por tener esos ojos tan grandotes, decía: el búho.

Pero no saben, añadía, que aunque son tan llamativos, no veo las cosas tan claras y lindas como la gente las ve.

Salía durante la mañana pero a pocos metros se caía, y siempre decía:

¡Otro tropezón, otro tropezón, pero no me importa, sólo quiero ver el sol!.

Muy preocupado llamó a su amiga la ardilla Felisa, que vivía en un árbol cerca del suyo.

¡Felisa, Felisa, ven un momentito por favor!.

¡Tengo un problema y como tu tienes fama de lista, tal vez puedas echarme una mano!.

¿Qué te ocurre búho?, preguntó la ardilla Felisa.

Tengo que salir de día, quiero ver los animalitos que juegan durante la mañana y ver el lindo color del cielo cuando se pone el sol.

Quiero ver corretear a los conejos, y pegar brincos a los saltamontes y también como dan saltitos los pequeños pajarillos de mi árbol.

¡Tengo la solución, dijo la ardilla!-

¡Iremos al conejo oculista y te pondrá unas gafas especiales para ver durante el día!.

El búho estaba muy guapo con sus nuevas gafas, y así se cumplió su sueño, paseaba y paseaba y tanto salía durante el día, que al llegar la noche se quedaba dormido y sus amigos le decían:

¡Búho, no te duermas, que tienes que dar las horas!.

Después de muchos días se dio cuenta de que debía utilizar su tiempo mejor y decidió dormir algunas horas durante el día, así cumplía su deseo y por las noches no se dormía durante su trabajo.

BOMBILLITA Y SOMBRERETE

Ricardo tiene una casa en la colina.

En esa casa hay un misterioso trastero. Lleno de muebles viejos, retratos, percheros, revistas y ropa usada.

En una caja marrón estaba guardado un sombrero de copa, que de vez en cuando, se asomaba para ver si podía salir de la caja.

Se llamaba Sombreroete.

Cuando no había nadie en la casa, los muebles del trastero salían a jugar.

Los muebles decían al ver aparecer a sombreroete fuera de su caja.

¡El gran caballero Sombreroete!. ¡El más elegante del trastero!.

El trastero, no tenía ventanas, era un lugar oscuro.

Una pequeña bombilla iluminaba la habitación.

Se llamaba bombillita y era muy risueña y coqueta.

Se pasaba todo el día, luciendo de aquí para allá.

Siempre siendo la protagonista. ¡Qué coqueta!.

Cuanto más la miraban más luz daba.

Se hizo muy amiga de Sombreroete. El pobre sombrero, estaba enamorado de bombillita, pero nunca se lo dijo.

Se consideraba muy poquita cosa para ella

El sombrero pensaba: ¡Nunca se fijará en mí!.

Un día hacía mucho frío, los muebles se pusieron a jugar como siempre, -¡Querían entrar en calor!. - ¡Estaban helados!

A Bombillita se le ocurrió una idea: -¡Ya sé, os iluminaré con toda mi fuerza y os calentaré!.

Todos le dieron las gracias. ¡Espero que funcione, dijo ella riendo! ¡Lucía y lucía!.

¡Brillaba y brillaba! ¡Y tanto brilló, que explotó! ¡Pobre bombillita, era tan linda!.

Ricardo bajó al trastero y al intentar encender la luz, se dio cuenta que la bombilla estaba hecha mil pedazos. Cogió una nueva y la puso. También era hermosa, pero todos se acordaban mucho de bombillita. Cuando Ricardo se marchó. Todos miraron hacia el cielo y dijeron. ¡Adiós bombillita!. -¡Mucha suerte!. -¡No te olvidaremos!.

La puerta del trastero se cerró y todos los muebles se fueron a dormir.

EL CASTILLO DE LOS OLORES

En una casita del bosque, vivía un matrimonio, con tres hijos.

La mayor de ellos, era una niña caprichosa y egoísta, que sólo pensaba en ella. Nunca compartía sus juguetes, ni siquiera sus deseos y sueños.

Un día, de repente enfermó. Nadie sabía qué le ocurría.

Vinieron varios doctores y hasta un anciano muy sabio para ver si encontraban la causa de su mal. Pero todo fue inútil. No sabían cómo curarla.

Sus hermanos lloraban sin consuelo. ¡Tenían que encontrar un remedio!.

Un día un leñador viejecito que pasaba por la casita, vió a los niños llorando y les preguntó: ¿Por qué lloráis?.

Los niños, le contaron lo sucedido.

El leñador escuchó atentamente y después de unos minutos dijo:

La enfermedad que tiene tu hermana no es del cuerpo, es una enfermedad del alma.

Los niños se quedaron sorprendidos, pues no comprendían lo que quería decirles el anciano leñador.

¿Qué significa eso de enfermedad del alma?.

El leñador respondió: Tu hermana se ha vuelto tan egoísta y tan caprichosa, que nadie quiere jugar ni hablar con ella. Tus padres soportan sus malos modales, porque es su hija, pero les gustaría que fuera mejor. Ella no se da cuenta, del daño que hace. Pero ahora, el daño también se lo está haciendo a ella, porque ve que los demás la rechazan y no se siente agusto consigo misma.

Por eso, empezó a comer mal, a no dormir hasta que enfermó.

¿Tú tienes una solución para eso, preguntaron los niños al leñador?.

Si, pero no sólo se curará con eso, podremos ayudarla pero ella tiene que dejarse ayudar.

¡Lo intentaremos, dijeron los niños!.

El castillo de los olores tiene la solución. Es un castillo que guarda los aromas más bellos que en el mundo existen.

Cada aroma representa alguna cualidad buena de las personas: la bondad, el amor, la generosidad y la humildad.

Debéis ir allí. Necesito que me traigáis en cuatro tarros de cristal, los cuatro aromas. Yo los mezclaré y salvaremos a tu hermana.

Hay un problema, ella debe ir con vosotros. Por eso os decía antes que solo funcionará, si ella quiere curarse.

Convencieron a su hermana, le fabricaron una camilla y la llevaron con ellos.

Después de largos días de camino, llegaron al castillo.

El castillo, estaba rodeado de árboles, pero no daba un aspecto misterioso, sino tranquilo y apacible.

Llegaron hasta el puente levadizo, que estaba abierto, cómo si alguien les esperara.

Entraron en la gran sala y descubrieron cuatro puertas.

¡Aquí debe ser, comentaron los niños!.

¡Vamos a explorar la primera puerta!.

Al pasar, un extraño aroma les recibió.

De repente vieron un pequeño pajarillo tendido en el suelo con un ala rota.

¡Pobrecillo, dijeron los niños!.

La niña, le miró y aunque se encontraba muy mal, le dio tanta pena que dijo a sus hermanos: ¡Dejad que yo lo coja!.

Al tocarlo, un vientecillo sopló y llenó uno de los tarros de cristal que llevaban los pequeños.

Pasaron a otra puerta, pero la abrieron con tanta fuerza, que al entrar dejaron caer un gran escudo que colgaba de la pared.

El escudo se cayó, encima del pie de uno de los niños y le hizo daño.

El otro hermano intentó ayudarlo pero pesaba demasiado. La niña se levantó como pudo de la camilla e intentó de nuevo quitar el escudo de encima de la pierna de su hermano.

Con todo cariño lo levantó y sacaron la pierna herida.

La niña rompió su lindo vestido y le vendó, para que pudiera andar.

Otro de los frascos se llenó. Ya sólo quedaban dos.

Al llegar a la tercera puerta, comenzaron a sentir hambre, pues llevaban ya mucho tiempo allí. Sólo tenían para comer dos trozos de pan.

La niña pidió uno para ella, y el otro repartido para sus dos hermanos.

Pero al ver, la carita del pequeño, que no tenía suficiente con el trocito que le había tocado, le dio un trozo del suyo.

Vieron como el tercer frasco también se llenaba. Entusiasmados, llegaron a la cuarta puerta.

Colgado de la pared había un gran tapiz, pero no era un tapiz cualquiera. El dibujo que tenía representaba a un caballero que maltrataba sus siervos y en otro lado el mismo caballero vencido y humillado por ellos.

La niña lo miró, en un principio no lo entendió, pero al observarlo durante un buen rato, comprendió el significado y se echó a llorar.

¡Ya lo entiendo, exclamó!.

¡Yo soy como el caballero, os he herido sin querer, no he disfrutado de vuestros juegos, ni de vuestros sentimientos, ni del amor de mis padres!

¡Sólo he pensado egoístamente en mí, por eso, ahora me encuentro tan triste!.

El cuarto frasco se llenó y los niños regresaron a casa.

Cuando ya estaban cerca de la casita, de repente, la niña se levantó de la camilla y empezó a caminar sola.

Al llegar a su casa, el anciano leñador, estaba esperándoles.

Sus padres sorprendidos de ver a la niña, lloraron de emoción.

El leñador le dijo a la niña: Espero que esto te haya servido de lección.

Ya estás curada.

A partir de entonces, la niña cambió y su corazón volvió a reír.

Se prometió a sí misma que disfrutaría de la vida, de las pequeñas cosas de cada día y del amor que le daban los suyos.

EL RELOJ PEREZOSO

Dan las cuatro en el reloj.

¡Otra vez se ha dormido este perezoso!. Gritaba : Doña Ardilla.

¡Nunca llegaré a tiempo de recoger mis nueces!.

¡Lo siento!. Dijo : Ding Dong.

¡Hacía tanto frío fuera y yo estaba tan calentito aquí dentro que me dormí!.

Ding Dong era un pequeño reloj de cuco, que Doña Ardilla compró en la Feria Anual del Bosque; donde todos los animalitos venden y compran cientos de cosas que los humanos tiran.

Ellos se encargan de arreglarlas.

Allí se encuentran: estufas, lámparas, relojes, percheros, ollas , pucheros, mesas , sillas y todo lo que puedas imaginar.

Fue allí, donde Doña Ardilla encontró a Ding Dong.

Las gotas de lluvia habían caído sobre el asustado reloj y la nieve lo había vestido con un traje blanco. Le temblaban las manecillas y estaba tiritando de frío.

Doña Ardilla lo cogió en sus manitas, le quitó la nieve y se lo llevó a su casita.

Le arropó con una manta para calentarlo y le dio una tacita de té.

El reloj no funcionaba bien, siempre atrasaba, pero la ardillita se encariñó con él.

De vez en cuando Ding Dong, le contaba historias de los humanos a Doña Ardilla. Pero siempre terminaba diciendo que prefería estar con ella, pues algunas veces era muy difícil entender a los hombres.

Ding Dong le decía: ¡Un día te quieren mucho!, ¡Otro día no te quieren nada!

El reloj se acostumbró a vivir en el árbol de la ardilla y fue muy feliz.

DOÑA CONEJA Y COLORÍN

Mamá coneja, recogía las zanahorias del huerto y las echaba en su cestita. Camino de casa se encontró con Colorín que era un pajarito de brillantes colores.

¡Buenos días Colorín!, dijo Doña Coneja.

¡Si, si buenos días! Colorín dio un traspiés y se lanzó sobre la cestita de la coneja. y se le quedó una zanahoria pegada en la nariz, parecía como si de repente se hubiera convertido en un pájaro-zanahoria.

Ja, ja, ja rió Doña Coneja. ¡Qué raro estás!. Pero colorín se enfadó un poco porque pensaba que se estaba riendo de él.

Doña coneja le explicó que no pretendía burlarse de él sino que era muy divertido verlo con esa nariz tan grande que se le había puesto. Colorín se miró y remiró y la verdad que a él también le hacia gracia verse así.

Se miraron los dos y volvieron a reír. Colorín ayudó a Doña Coneja a recoger zanahorias después de librarse de la que tenía en el pico.

La acompañó hasta su madriguera y luego se fue.

Al caer la tarde colorín salió a dar un paseo por el bosque pues la tarde era muy agradable y no hacía frío.

De repente vió que algo se movía en los matorrales y se oían unos gemidos extraños.

¡Me acercaré a ver! se dijo:

Vió dos enormes orejas sobresaliendo de la maleza, y le resultaron conocidas, en efecto eran de Doña Coneja, que había resbalado y se había caído en una pequeña poza que había cerca de un riachuelo. Tenía cubierta la cara con un espesa masa y parecía una estatua de barro. Su lindo cuerpecito blanco estaba ahora cubierto por una pastosa capa de lodo.

Colorín, empezó a reír, sin parar, ja, ja , ja.

¡Pues yo no veo la gracia, dijo la coneja! ¡Estás muy divertida!, respondió colorín.

¡No me estoy burlando de ti, no te enfades, me rio porque estás graciosa!

¡No, no y no, se que te burlas de mi, no eres un buen amigo!

Esta mañana me dijiste que no me enfadara y yo lo entendí y no me enfadé. Ahora tú debes hacer lo mismo.

Colorín continuó diciendo:

Si haces bromas o te ríes con los demás, también debes saber reírte de tus propias gracias.

Doña Coneja después de quedarse un rato pensativa, se dio cuenta de que colorín tenía razón, hay que saber disfrutar de las bromas graciosas de los demás y nuestras propias bromas pero siempre cuando se hacen con buen corazón y no las bromas pesadas que pueden hacernos daño.

Una enorme jirafa se acercó a beber en un río.

Miró alrededor por si había cerca algún león. Tenía que tener cuidado, ya que muchas veces los leones las atacaban cuando estaban bebiendo.

Abrió sus patitas delanteras para poder bajar su largo cuello y se acercó al agua.

Allí, vió una sombra y se asustó un poco, enseguida observó que un pequeño león se escondía en un arbusto. Era Leonín, un pequeño león que se había perdido.

Leonín, miró hacia el cuello de la gran jirafa que parecía no acabarse nunca. Cuando al fin vió su cara, unos enormes ojos negros le miraban.

El leoncito giró su cabeza y agachó las orejas.

Avanzó la jirafa, a paso lento y tranquilo, hacia él, le tendió la patita.

El león la acarició y ambos perdieron el miedo.

La jirafa le preguntó: - ¿Cómo estás tan lejos de tu casa?.

Verás, le dijo el león. ¡Me perdí, por salir corriendo detrás de una gacela!

¡Sólo quería jugar! ¡Corrí muy veloz hasta quedar agotado!.

¿Qué ocurrió después? La gacela se espantó y yo me quede en este lugar.

Estaba muy asustado, pero soy un león valiente, ¡no quería llorar!

¡Estoy tan cansado!, dijo el leoncito.

Ven, vamos hasta aquel árbol, - le dijo la jirafa – allí descansaremos.

El león se acurrucó entre las patitas de la jirafa y se quedó dormido junto a ella.

Juntitos muy juntitos para darse calor.

Pasaron largos días, la jirafa cuidaba de él, le alimentaba y le daba cariño como si fuera su mamá.

Un día le explicó que tal vez, dentro de un tiempo tendría que volver con los demás leones, pues era lo mejor para el leoncito.

Una mañana, el león bebía en el río, cuando unos leones se acercaron a él.

La jirafa les observaba desde un alto. Contempló como el león se había encariñado con ellos. Había llegado el momento de partir. Ella vio como se alejaba el leoncito para siempre, pero a pesar de todo estaba feliz, porque él, había encontrado a su nueva familia.

LA BALANZA DE PLATA

Hace muchos años, mi madre me contó una historia que más parece una fantasía.

Esa historia comienza así: En la esquina de mi calle hay una tienda de telas, que está cerrada desde hace tiempo. Un día, un grupo de niños, entraron en la tienda y encontraron una balanza de plata, escondida tras un mostrador.

La balanza tenía un gran adorno en el centro, que era algo misterioso. Pronto descubrieron que no era una balanza normal.

No pesaba manzanas, tomates, carne o pescado. Lo realmente asombroso era que podía pesar las buenas o malas obras que las personas hacían.

Los niños se dieron cuenta de esto, cuando uno de ellos, decidió tocar el centro de ella. De repente la balanza se iluminó.

El niño se mareó y cayó al suelo.

Uno de los lados de la balanza se inclinó y comenzaron a salir de él, estrellas, muchas estrellas. Aparecieron ante ellos todas las buenas obras realizadas por el niño. Había sido bondadoso y comprensivo con los demás.

Al rato, el niño se levantó y comenzó a recuperarse.

Otro niño, quiso intentarlo también. Puso su mano sobre el centro de la balanza de nuevo y ésta volvió a iluminarse.

Esta vez, no salieron estrellas, sino espadas. Este niño no había sido tan generoso como el otro, era un niño egoísta aunque, como era un niño, todavía podía aprender a compartir.

La balanza, les enseñaba lo bueno o malo que tenían en sus vidas y que podrían mejorar.

Así pasaron los años. Los niños seguían consultando a la balanza siempre que tenían dudas sobre cómo debían actuar o pensar.

Pero un día, la balanza dejó de iluminarse y los niños se hallaban un poco desorientados y tristes.

¿Quién les guiaría a partir de ahora? ¿Por qué les había abandonado? La balanza se iluminó por última vez, y les explicó por qué ya no podía ayudarles más.

¡Ahora, debéis pensar por vosotros mismos! ¡Ya sois grandes y lo suficientemente inteligentes para hacerlo! ¡Os deseo mucha suerte!. Al decir esto la balanza se apagó.

Al principio, los niños estaban muy apenados, pero con el paso del tiempo se dieron cuenta que era lo mejor para ellos. Aprendieron a ser responsables por si mismos, pero nunca olvidaron los buenos consejos de la sabia balanza.

Por todo ello, siempre la recordaron como la balanza de la sabiduría.

EL PUEBLO FANTASMA

La noche era lluviosa, una gran tormenta caía sobre el mar.

Las olas eran gigantes y la niebla era espesa.

Los barcos se bamboleaban de un lado a otro como marionetas de guiñol.

De repente, un crujido espantoso sonó en la oscuridad.

Una gran humareda se veía a lo lejos y un olor intenso se dejaba notar en el aire.

Todos se preguntaban que es lo que habría ocurrido.

Un barco había encallado cerca de la orilla, y había derramado parte del petróleo que llevaba.

Una gran mancha negra se extendió por el agua, como un gran manto negro que ponía de luto al mar.

El olor a petróleo era cada vez mas fuerte, y se confundía con la frescura que la brisa tenía cada anochecer cuando junto a la playa,

Carlos y Ana iban a contemplar las estrellas.

Cuando sentían esa libertad que sólo sienten los que aún no han traicionado sus ideales.

Carlos y Ana eran los hijos de un pescador y vivían en una humilde casa blanca muy cerca del acantilado.

Los pescadores habían tenido últimamente problemas para pescar,

la pesca no era muy abundante.

Ahora, aun sería mucho peor, ya no habría nada en mucho tiempo.

Ya no se vería a los pescadores traer el pescado a puerto.

Ni se podría despedirlos hasta pronto como era habitual.

Ahora tendrían que marcharse lejos, para poder seguir viviendo.

El pueblo se convirtió en un pueblo sin gente, un pueblo fantasma.

Apenas unas cuantas mujeres y niños pequeños quedaban allí.

Los hombres y los jóvenes partían en busca de trabajo y volvían de tarde en tarde, para ver a los suyos.

Cada anochecer, apenas unas cuantas luces, devolvían la existencia al pueblo.

Pero desde el acantilado, la vista no era la misma, parecía que hasta la brisa había cambiado de lugar.

El aire olía a petróleo y la calma del mar, se había convertido en una tremenda angustia de ver como toda la vida marina se destruía.

Los peces muertos flotaban y todo era desolador.

Los pocos que quedaron, empezaron a reconstruir y limpiar todo aquello que había sido dañado.

Pasaron unos cuantos años, hasta que el pueblo volvió a la normalidad.

Comenzaron a llegar algunos de los que se habían marchado, y las barcas volvieron a puerto.

Renacía de nuevo la esperanza, con el temor de que algún día volviera a repetirse.

EL CIEMPIÉS BAILARIN

Jimmy el ciempiés, vivía cerca de un hormiguero.

Su gran afición era bailar. Tenía unas patitas ágiles como las plumas.

Le encantaba subirse encima del hormiguero y empezar a taconear.

Jimmy cantaba: ¡Ya está aquí, el mejor, el más grande bailaor!.

Era muy molesto oír tantos pies, retumbando y retumbando sobre el techo del hormiguero.

Las hormigas asustadas salían para ver lo que ocurría.

El ciempiés seguía cantando: ¡Ya está aquí, el mejor, el más grande bailaor!.

¡Otra vez Jimmy!. decía: la hormiga jefe.

¡No podemos trabajar, ni dormir!.

¡No puedes irte a otro sitio a bailar!.

La hormiga jefe ordenó a su tropa de hormigas que llevaran a Jimmy a otro lugar.

¡No, hormiga jefe!.

¡Ya me voy!. Dijo Jimmy.

Jimmy se acercó a la casa del señor topo.

Se puso al lado de la topera y vuelta a taconear.

Seguía con su canción: ¡Ya está aquí, el mejor, el más grande bailaor!.

El señor topo enfadado, salió y le dijo: ¡Jimmy, estoy ciego pero no sordo!.

¿No puedes ir a otro sitio a bailar?.

Jimmy estaba un poco triste, porque en todas partes molestaba.

Cogió sus maletas y se marchó de allí.

Empezó a caminar y caminar, hasta que estaba tan cansado que no tuvo más remedio que descansar.

Se quedó dormido bajo un árbol.

Cuando despertó al día siguiente, estaba en un campo lleno de flores.

¡Este será mi nuevo hogar! : dijo el ciempiés.

Tanto se entusiasmo Jimmy, que no se dio cuenta que un gran cuervo estaba justo encima de él, en el árbol.

Jimmy se puso a taconear con tanta alegría que llamó la atención del cuervo.

El cuervo inclinó el cuello y vio a Jimmy taconeando.

¡Pobre Jimmy!.

El pájaro se lanzó sobre él, con gran rapidez.

Abrió su boca y cogió al ciempiés.

El ciempiés gritaba: ¡Socorro, socorro!.

Un cazador, que andaba por allí, observo, al cuervo volando.

No le gustaban mucho los cuervos, pues él creía que le daban mala suerte.

Hizo un disparo al aire para asustarlo. El cuervo soltó al ciempiés.

Al caer, el ciempiés se dio un gran batacazo.

Esto le sirvió de lección. Aprendió a ser más responsable y fijarse bien dónde se ponía a bailar.

Buscó un lugar seguro y allí danzaba y bailaba.

No molestaba a nadie ni a él, le molestaban.

Así fue como el ciempiés empezó a ser respetado por todos.

LA VACA NICOLASA

Nicolasa, es una vaca alegre, no le gusta la lluvia, porque el día que llueve su amo no le deja salir del establo a jugar en el prado.

Su amigo el cerdo Casimiro le hace compañía en sus juegos.

Nicolasa es muy coqueta, y nada mas despertar se peina el rabo y se limpia las patitas y la cara con agua y jabón.

Ha salido el sol, Nicolasa mueve el rabo muy contenta y sale disparada hacia el prado para oler la hierba fresca y tumbarse en ella.

Es una vaca inquieta, no puede estar parada. Hasta cuando la ordeñan está moviéndose.

¡Nicolasita, preciosa no te muevas que vas a derramar la leche! dice: su amo.

Se pasea por la granja, moviéndose como si fuera una modelo.

¡Es tan presumida!.

Se baña en la charquita del río y después se mira en sus aguas, para ver lo guapa que está.

Pero la pobre Nicolasa ha dado un tropezón y se ha caído de cabeza en el pequeño río.

No puede salir y empieza a pedir ayuda a sus amigos.

¡Casimiro, Casimiro, ven por favor, que me ahogo!

Casimiro muy preocupado, llamó al caballo Bruno, que se había quedado en el establo.

¡Ven pronto, ven pronto, Bruno, que la vaquita Nicolasa se está ahogando!.

Bruno, corrió con sus ágiles patas, hasta llegar al río.

Con la ayuda de los dos amigos, Nicolasa pudo salir de allí.

¡Me he dado un buen susto, la próxima vez tendré más cuidado! decía: Nicolasa.

De vuelta en la granja, su amo la vió mojada y dijo:

¡Nicolasa, otra vez has tenido una aventura, mañana seguro que estarás un poquito resfriada!.

Al día siguiente, la vaquita si, estaba resfriada, pero con el cariño y el cuidado de todos sus amigos se curó rápidamente.

EL ÁRBOL DEL RUISEÑOR

Hubo una vez un lindo ruiseñor que hacía su nido en la copa de un gran roble. Todos los días el bosque despertaba con sus maravillosos trinos.

La vida volvía a nacer entre sus ramas. Las hojas crecían y crecían. También lo hacían los polluelos del pequeño pajarito.

Su nido estaba hecho de ramitas y hojas secas.

Algunas ardillas curiosas se acercaban para ver como los polluelos picoteaban el cascarón hasta dejar un hueco en el que poder estirar su cuello. Empujaban con fuerza y lograban salir hacia fuera.

Sus plumitas estaban húmedas. En unas cuantas horas se habrían secado y los nuevos polluelos se sorprenderían de lo que les rodeaba.

El árbol estaba orgulloso de ellos. Él también era envidiado por los demás árboles no sólo por tener al ruiseñor sino por la belleza de su tronco y sus hojas. Era grandioso verlo en primavera.

Al llegar el otoño, las hojitas de los árboles volaban hacia el suelo. Con gran tristeza caían, pero el viento las mimaba y las dejaba caer con suavidad. Al pasar el tiempo éstas serían el abono para las nuevas plantas.

Al ruiseñor le gustaba jugar entre sombra y sombra. Revoloteaba haciendo piruetas, buscando la luz y cuando un rayo de sol iluminaba sus plumas, unas lindas notas musicales acompañaban su alegría y la de sus polluelos.

Un día un hongo fue a vivir con él. Ya lo conocía de antes se llamaba Dedi, bueno, tenía un nombre muy raro, pero ellos le llamaban así.

El roble comenzó a sentirse enfermito, tenía muchos picores y su piel se arrugaba.

De vez en cuando le corría un cosquilleo por el tronco.

Estaba un poco descolorido, ni siquiera tenía ganas de que los ciempiés jugaran alrededor de sus raíces.

Él hongo estaba celoso del árbol y de su amistad con el ruiseñor.

Pensó que si le enfermaba, el ruiseñor le haría mas caso a él, envidioso de su amor no le importó hacerle sufrir.

Los demás animales convencieron al hongo para que abandonara al árbol. Así conseguiría, ser su amigo pero nunca por la fuerza.

A partir de aquel día siempre se juntaban para ver amanecer.

El hongo aprendió una gran lección, su poder y su fuerza debía utilizarlas, para algo bueno, para crear, no para destruir.

LA FIGURA DE MADERA

Al bajar del autobús, camino del colegio, Rodrigo paseaba todos los días cerca de una chabola, que estaba al lado de un viejo caserón.

La chabola estaba hecha de ladrillos viejos y maderas, con el techo de aluminio y las ventanas de plástico.

Sentados en la puerta, unos niños de corta edad, el pequeño apenas balbuceaba dos palabras nada más.

Al ver a Rodrigo se quedaban embobados viendo sus bonitas ropas y su cartera y entre ellos murmuraban: ¡Qué feliz será ese niño, con tantas cositas bellas y una buena cazadora que le calma del frío en el invierno!.

Seguro que vivirá en una linda casita, rodeado de gente que le quiere, tendrá juguetes y una cama dónde dormir.

Tendrá un colegio, una maestra, que le enseñará del mundo todo lo más hermoso y le contará historias.

Aprenderá a hacer números y a leer muchos cuentos. Podría ir al parque, al zoo y de excursión. Tendría unos amigos con los que jugar al fútbol.

Rodrigo escuchaba sus voces infantiles y el balbuceo del más pequeño y su cara inocente de niño tierno se llenaba de lágrimas y desconsuelo.

El, hizo lo que pudo por ayudarles, les traía ropa y alimentos muchas veces, pero eso no era todo lo que él quería, no era lo justo, que les debía ofrecer la vida.

Los niños deberían tener derecho a que sus sueños les hicieran crecer, a no pasar hambre, miserias ni sed. Derecho a aprenderlo todo sobre la libertad, a ser solidario y a saber amar.

Rodrigo volvió a aquella casita, un día un chaval le dio en su manita, una figura de madera que el mismo había tallado con un viejo cuchillo y muchas horas de trabajo.

Era la figura de un niño que el mismo había pintado, era un niño de cabellos rubios y pelo rizado. La cara llena de bondad, que refleja un alma límpia.

Al cogerlo Rodrigo lloró, al sentir la gratitud del chaval.

Hay cosas que sólo se pagan con amor y llenan el alma de paz.

Rodrigo siguió paseando por allí, hasta que un día se hizo mayor, dejó el colegio y se marchó y nunca más volvió.

Pero en una estantería de su habitación guardado en un sitio muy especial, tiene un tesoro, un tesoro de amor que un día le talló un chaval.

Es algo tan valioso para él, que en los momentos bajos de moral, lo mira y empieza a crecer y la fuerza del recuerdo es tan poderosa que vuelve a sentirse ilusionado casi sin darse cuenta.